

John P. POWELSON, *América Latina. La revolución económica y social actual*, New York, McGraw-Hill, 1964.

Nunca como en el momento actual han tenido tanta trascendencia las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina. John P. Powelson—quien en 1960 fue profesor en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Mayor de San Andrés, Bolivia— analiza estas relaciones bajo la perspectiva de los problemas económicos y sociales con que se enfrenta América Latina, basándose en gran parte en el fructífero cambio de opiniones que tuvo con sus alumnos, así como con gran número de intelectuales y funcionarios latinoamericanos.

La Alianza para el Progreso marca un cambio de actitud de los Estados Unidos hacia América Latina. Frente a la amplia gama de opiniones que suscita la misma, así como especialmente en contraste con las que apelan a sentimientos de hermandad o a imperativos históricos, el autor sustenta la opinión, más realista, que "las naciones se convierten en buenos vecinos no por la única razón de serlo, sino solamente si sus intereses mutuos están suficientemente de acuerdo para producir este resultado" (p. 3). ¿Son conciliables los intereses de EE. UU. y América Latina? ¿Pueden ellos fundar "una relación complementaria, con ventajas para ambas partes? (p. 3). El autor no formula una respuesta definitiva. Realiza, en cambio, el esfuerzo de presentar las opiniones dominantes en los Estados Unidos y América Latina sobre problemas tales como la reforma agraria, el mecanismo de los precios, la inversión exterior, el precio de los artículos primarios, la inflación, la integración económica, la ayuda exterior y la planificación económica nacional, temas a los que dedica sucesivamente los capítulos de la presente obra (cap. I).

Partiendo de la observación que la ética capitalista tiene mayor aceptación en los Estados Unidos, mientras que en América Latina la tiene la marxista, el autor trata de explicar la actitud de los norteamericanos y de los latinoamericanos en sus relaciones mutuas (cap. II). En los Estados Unidos se concede mayor importancia a la persona creadora, que encuentra su idealización en el empresario innovador de Schumpeter. En cambio, los marxistas ponen el acento en la formación de capital para el desarrollo. Para la mentalidad del norteamericano, la riqueza es fruto de la inventiva y del trabajo infatigable: es por lo tanto, motivo de admiración. En cambio, para la mentalidad marxista, la riqueza individual es el producto del robo y de la esclavitud: por lo tanto, es un acto de justicia reconvertirla al pueblo. Además, "la riqueza de América Latina ha sido obtenida en mayor grado por medio de la expropiación y de la esclavitud"

(p. 29). En general, la ética capitalista explica muchas cosas cuando se trata de la mentalidad predominante de los norteamericanos y es una clave para entender los problemas de sus relaciones con América Latina.

En el cap. III el autor trata el problema agrario. "El desarrollo de América Latina no significará nada si se deja sin tocar la población rural, numéricamente dominante" (p. 36). "La forma de posesión de la tierra es la base de la agricultura, y si la base está podrida, la estructura no se sostendrá" (p. 36). Describe el sistema de las haciendas, donde la vida transcurre —con la excepción de Argentina y Uruguay— en condiciones prácticamente feudales, con peones que ignoran todo, incluso su nacionalidad. El estado de ignorancia del peón es muy grave. No puede, "en muchos casos, dejar la hacienda, simplemente porque no sabe de nada más" (p. 42). Al hacendado le interesa mantenerlo así: la supervivencia de la hacienda depende de la mano de obra y de la inexistencia de otras oportunidades de empleo, ya que su principal factor de producción es el peón a nivel de subsistencia. Por otra parte, como "el objetivo del hacendado consiste más en el prestigio de la posesión de la tierra que en la economía de su empresa" (p. 43), la explotación carece de eficiencia. Esta situación impide la formación, en el medio rural, de un amplio mercado para los productos industriales. El sistema de las haciendas es, pues, una traba para el desarrollo económico. En los Estados Unidos toda la agricultura es virtualmente de tipo familiar, con recursos de capital y una técnica adelantada que la hacen la más eficiente del mundo. Powelson sostiene —como "profesor de una Universidad independiente, y no como portavoz de mi gobierno" (p. 50)— que éste es el tipo de explotación agrícola que también en América Latina puede contribuir más al desarrollo que la granja colectiva. La granja colectiva tiene el mismo defecto que la hacienda: la falta de incentivos para el trabajo. Pero lo más importante en la granja familiar es algo más que el incentivo económico: es "la satisfacción que supone la empresa y la propiedad" (p. 56).

El capítulo IV está dedicado al problema de los monopolios. Mientras los norteamericanos consideran a las grandes empresas más bien bajo sus aspectos favorables —como posibilidad de producir en gran escala, reducir los costes, mejorar la calidad de los productos, elevar los salarios y mejorar el nivel de vida— los latinoamericanos ven en ellas su poder de monopolio. "La convicción de que tanto la economía como el gobierno de los Estados Unidos están dominados por los monopolios, está muy extendida por toda América Latina" (p. 75). El subdesarrollo de América Latina es atribuido por un gran sector de opinión a estos monopolios: ellos explotan sus recursos pero radican sus beneficios en el exterior, impidiendo así la formación de capital, impiden que se transmita a estos países el beneficio de las innovaciones técnicas; sustituyen los productos

naturales latinoamericanos por sucedáneos y productos sintéticos; serían, además, responsables de los términos del intercambio desfavorables. Con respecto a este punto el autor opina que "la relación de intercambio es una cuestión de opinión que depende de cómo se interpretan las estadísticas" pero admite que "hay una gran probabilidad de que se haya vuelto en contra de los países menos desarrollados" (p. 81).

Las inversiones en América Latina, (cap. V), han pasado, según Powelson, por tres etapas. La primera, de la que el autor dice que a la mayoría de los norteamericanos le gustaría olvidar, fue aquella en que el inversor extranjero dictaba sus condiciones a cambio del apoyo al caudillo local. En la segunda relativamente reciente, el capital extranjero contribuye al desarrollo económico del país respectivo mediante los impuestos y salarios elevados que la legislación local le impone. La tercer etapa, no generalizada aún, será la de la identificación de las empresas extranjeras con las aspiraciones de las economías nacionales. Esta etapa implicará un ritmo más rápido de su crecimiento.

¿América Latina está subdesarrollada porque produce artículos primarios, o los produce porque está subdesarrollada? Lo más probable es que se trate de un círculo vicioso. La producción primaria no estimula otras actividades que impulsarían el desarrollo económico de la nación. Es, además, un sector muy sensible a las fluctuaciones: la demanda relativamente inelástica a corto plazo, al variar la oferta, da lugar a oscilaciones en los precios. También la escasa adaptabilidad de la oferta, unida con una demanda inestable por fluctuaciones coyunturales en los Estados Unidos, repercute en los precios y en los niveles de ingresos en América Latina. De ahí la convicción en América Latina, que sería legítimo exigir de Estados Unidos ciertas concesiones —ante todo acuerdos comerciales que aseguren precios mejores y más estables para las materias primas—; así se explica también que el sistema socialista goce de cierta popularidad por la posibilidad de un mayor control de las fluctuaciones coyunturales (a la inversa de lo que sucede en los Estados Unidos, donde se las considera como un precio —bajo— por conservar la libre decisión individual). Los Estados Unidos durante muchos años se han resistido a tales acuerdos. Si en los últimos años han cambiado de actitud (un ejemplo es la firma del acuerdo del café) lo han hecho, según Powelson, porque necesitan del apoyo político de América Latina en las contingencias de la guerra fría, y porque han tomado conciencia de los problemas de los productores de materias primas de su propio territorio. La elevación a largo plazo pronosticada para los precios de los productos primarios no se ha producido. Se utilizan, en cambio, en los países industriales, procedimientos para un mejor aprovechamiento de las materias primas o se las sustituye por productos sintéticos.

## RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Powelson analiza luego el problema de la inflación, y las distintas posiciones al respecto (cap. VII). Observa que la literatura económica latinoamericana "evidencia una tolerancia mucho mayor, respecto a la inflación... que la que se encuentra en los trabajos norteamericanos y europeos" (p. 208). El recurso de la inflación para promover el desarrollo es "para quienes participan de la ética capitalista, una quimera" (p. 209). La inflación, según el autor, "premia el irracionalismo y la inestabilidad política" (p. 209).

Admite el proteccionismo, dentro de ciertos límites, cuando se den las condiciones necesarias y cuando las industrias protegidas puedan desarrollar ventajas comparativas, aunque al desviar la producción de aquellos productos en los cuales se tienen ventajas comparativas se disminuya la renta real, y con ello, la formación de capital. En cuanto a la integración latinoamericana (cap. VIII), los Estados Unidos no se han opuesto explícitamente, aunque tampoco la promovieron, pues, al contrario de Europa, América Latina no era considerada dentro de su estrategia política mundial, lo que según el autor, fue un error.

Respecto a la ayuda exterior, analiza las opiniones típicas en América Latina, fuertemente crítica a los Estados Unidos. Reconoce que los sostenedores de algunas de ellas "no están completamente equivocados" (p. 241), y que "no es justo exagerar el interés humanitario y económico de los Estados Unidos en la ayuda exterior" (p. 253). Asimismo ofrece un análisis de las distintas etapas y motivaciones de la ayuda exterior de los Estados Unidos (cap. IX).

Tanto en los Estados Unidos como en América Latina es creencia general que la planificación, dentro de la Alianza para el Progreso, es compatible con una economía mixta, gubernamental y de iniciativa privada (cap. X). En relación con este aspecto analiza la microplanificación y la macroplanificación. Estima que por razones culturales, étnicas, tradicionales, etc., el Estado tendrá en América Latina una participación mayor en el poder económico que en los Estados Unidos.

Los Estados Unidos y América Latina han tenido distinta evolución. Distintas doctrinas se fueron definiendo respecto a muchos problemas. El predominio de la ética capitalista y un enfoque casi dogmático frente a los problemas y puntos de vista latinoamericanos marcaron largas décadas de desentendimiento. Los Estados Unidos hicieron su revolución en el pasado. La nueva revolución, que se dará en América Latina, deberá transcurrir en el delicado equilibrio entre las limitaciones a la libertad

que impiden los abusos que ya no pueden producirse y la necesaria autoridad sin que se llegue a la opresión (cap. XI).

La obra es buena, indudablemente. El autor caracteriza bien la difícil etapa que atraviesan los países de América Latina, el anacronismo de sus estructuras, su estado de subdesarrollo, los problemas antiguos y sobre todo los contemporáneos —plenos de tensiones— que demuestra conocer, en general, mejor que muchos de sus compatriotas que se han ocupado en la última década de América Latina.

"América Latina. La revolución económica y social actual" es una contribución importante al esclarecimiento de los problemas a la luz de la mentalidad que predomina en cada parte del continente. Powelson realiza esta tarea en forma inobjetable en cuanto a la mentalidad norteamericana. La diferencia de mentalidad contribuye a explicar las diferencias de enfoque que enmarcaron tantas décadas de incomprensiones y errores de apreciación. Sin embargo, debemos objetar la premisa que utiliza para interpretar actitudes observables en algunos ambientes en América Latina. Admite —si bien aclara que es "desde mi punto de vista subjetivo, no comprobado empíricamente" (p. 16)— la mayor vigencia de la ética marxista en América Latina. Muchas actitudes aparentemente marxistas se nutren en principios ideológicos muy distintos. En una serie de problemas importantes —familia, propiedad privada, derechos individuales, etc.— la mentalidad latinoamericana es fundamentalmente distinta de la marxista. Aún como hipótesis de trabajo nos parece un poco exagerada.

Es también un valioso documento para la comprensión de las relaciones entre América Latina y los Estados Unidos, especialmente en lo referente al cambio de actitud de los Estados Unidos hacia Latinoamérica. De la sinceridad de este cambio —puesta en duda por algunos sectores latinoamericanos, como lo ha podido comprobar el mismo autor— depende en gran parte la evolución de todo un continente durante los próximos años. Trata de demostrar que el mismo es real, sin dejar de estar fundado en intereses de los Estados Unidos, aspecto, por otra parte, en que el autor pone de manifiesto una sinceridad notable.

Hay que agregar a todo lo expuesto la abundancia de datos que utiliza así como el estilo que hace que el libro sea de lectura agradable.

Se trata de un libro cuyo conocimiento resulta indispensable para toda persona que quiera familiarizarse con los problemas de las relaciones entre América Latina y los Estados Unidos.

C. Picco